
DISCURSO

pronunciado en el Cementerio por el Subdecano de la Facultad de Jurisprudencia Sr. Dr. Alfonso M. Mora, en el sepelio del cadáver del Profesor Sr. Dr. Dn. Benigno Malo Tamariz, el 29 de Marzo de 1932.

Señores:

Todo se agita y estremece con la muerte que es la tributación dolorosa y el sacrificio inevitable de toda grandeza y gloria humanas. Fenómeno físico que nos demuestra la finitud de la vida en todos los seres organizados superiores e inferiores que vuelven al humus de la tierra, a la descomposición y aniquilamiento de la materia, por mandato y voluntad del Hacedor Supremo que ejerce su gobierno en el espacio, en el tiempo y en la eternidad.

Es innegable el hecho sociológico de la supervalía y el triunfo de los mejores, por una especie de selección de hombres providenciales que Dios ha deparado para honra suya y de la Nación ecuatoriana, a que el fruto de sus virtudes y nobilísimo ejemplo sea recogido por la posteridad. Uno de los personajes sin vanagloria ni ostentación, ciudadano ejemplar y mentor de la juventud, fue el señor doctor Benigno Malo Tamariz, cuyo féretro señala una estela de luz y de enseñanza para la cultura de los pueblos y destinos de la raza, por su probidad como magistrado, por su ilustración como juriscor.sulto, y, especialmente, por haber sido modelo de maestros en esta ciudad de las letras.

Cumpliendo una comisión de íntimo pesar de parte de la Facultad de Jurisprudencia de la Universidad de Cuenca, de la que fue Decano y esclarecido Profesor el señor doctor Malo Tamaríz, vengo a nombre de ella a darle el último adiós al maestro, vengo a arrojar un puñado de flores en su ataúd; porque él ha merecido el cariño y la gratitud, el respeto y la suprema admiración de varias generaciones que por él son honra y prestigio de la Patria.

Los que van a la eternidad son los vencedores y los que quedamos somos los vencidos. Entre los países indígenas y tropicales le ha cabido en suerte al Ecuador, en el Departamento del Azuay, mecer la cuna de superhombres que nacieron en el decurso del siglo XIX para representar a Cuenca, en la historia, por sus arraigadas y profundas convicciones religiosas, por su vigorosa ciencia y patriotismo, por la firmeza de carácter y hermosas virtudes ciudadanas.

Ajeno a las influencias del mercantilismo político, con espíritu altruista y energía catoniana, ha sabido mantener firme su ideología y altiva la frente el señor doctor Malo Tamaríz, sin abdicar de sus postulados, creencias y convicciones.

Sujetas a toda clase de adversidades y tribulación, a cuitas y dolor, las almas buenas, las almas diáfanas y solitarias, emigran a la eternidad, dejando un vacío irremplazable. Su pérdida para nosotros significa la crisis social que se avecina de positivos valores psicológicos, de cruzados del Derecho y sacerdotes de la Justicia, de patricios perilustres y ciudadanos sin mancha, que, a través de mil vicisitudes, supieron enarbolar en la cumbre luminosa la bandera de la ciencia y del catolicismo, en la lucha perpetua de las rebeldías humanas: "siempre más arriba en todas las esferas y proyectos nobles del vivir; siempre más arriba cuando todo se derrumba y ensombrece aquí abajo; siempre más arriba aún en la muerte que es el último y verdadero ¡excelsior! de la vida".

"Lo exótico, lo raro, lo incomprensible, lo funambulesco, lo desvertebrado", —como diría un crítico contemporáneo—, es que la juventud, divino tesoro, símbolo

de la belleza que muy pronto languidece y se agota, desconozca el mérito de sus antepasados, las tradiciones hidalgas y acciones heroicas; lo inexplicable es el olvido, la ingratitud, el gesto de desprecio que se merecen los ancianos y hasta los muertos, como si para ella, para la lozana juventud, no llegara también el sol de la tarde helada y las sombras de la noche, como si las generaciones de hoy no tuvieran que dar cuenta de sus actos a las generaciones de mañana.

Durante largos años de magisterio, el plantel de la Universidad ha sido testigo de la indiscutible competencia y profunda versación que tenía el señor doctor Malo Tamaríz, en las diversas materias y disciplinas científicas que estaban a su cargo. De criterio imparcial y elevadísimo, sus apreciaciones eran honradas y sinceras: su enseñanza magistral, ordenada, metódica, completa. Era severo en el cumplimiento del deber: supo hacer buen uso de sus talentos, laborioso en sus actividades, ingenuo y leal en sus convicciones.

Hombre de meditación y estudio, de inteligencia clara y comprensión fácil; concienzudo abogado y docto escritor, sus dictámenes y fallos fueron reflejo de ciencia y sabiduría.

Encierra todo un programa de acción social la vida del señor doctor Benigno Malo Tamaríz, como esposo y padre de familia: fue la virtud oculta en la humildad, la cortesía y modestia personificadas: su rigidez de costumbres rayaba en la austeridad.

La exquisita delicadeza de su conciencia, la probidad que le distinguía y el acierto de sus resoluciones, hicieron del maestro un oráculo, en las causas más difíciles. Ha recogido laureles en su sendero, como publicista y Profesor de Derecho Práctico, como escritor conceptuoso e ilustrado, como Ministro de la Corte Superior de Guayaquil y Conjuez permanente en la del Azuay, como abogado meritísimo y asesor incorruptible.

Militó en el antiguo *Liceo de la Juventud* y antes en la *Sociedad de la Esperanza*, en 1867. Fue uno de los primeros el señor doctor Malo Tamaríz, en colocar las piedras anfiteónicas y sillares sobre las que se alza el magnífico edificio de las letras azuayas, en

junta de Luis Cordero y Julio Matovelle, de Cornelio y Remigio Crespo Toral, de Miguel Moreno y Honorato Vázquez, de José Peralta, Juan José Ramos, Rafael María y Manuel Nicolás Arízaga, Ezequiel Márquez, Francisco Martínez Tamaríz, Emiliano Crespo, Santiago Carrasco, Darío Palacios, Francisco Javier Coronel, Federico Proaño y otros más.

La mayor parte de esos legendarios paladines de la literatura cuencana, hombres de ciencia y encumbrado sentimiento, han rendido la jornada de la vida, en brazos de la muerte: fue "LA AURORA" y después "LA LUCIERNAGA" del Liceo: himno de gloria, alba de oro de esos felices tiempos que no volverán.

¡Cuántos genios eclipsados duermen aquí en el Cementerio el sueño del olvido, de la indiferencia, de la ingratitud!

Se lanza el hombre a la conquista de una trincheira, en pos de la ciencia; de una posición ventajosa, en pos de la gloria; de unos cuantos palmos de tierra, en pos de la riqueza. Mientras silenciosamente caen al golpe de la guadaña, en todas las cumbres, el roble atlético, la encina gigantesca, lujo y ornamento de la sociedad.

Cuando muere un sembrador, cuando muere un maestro que descolló en la cima del pensamiento, en el campo en que él sembró queda su palabra, queda la doctrina y la obra, "la fórmula y el genio", como diría Rodó. Queda un puesto vacío, una cátedra enlutada.

La más impía de las negaciones es la de la supervalía y de la inmortalidad del espíritu, blasfemia propia de la extravagancia y del orgullo materialista, al abrirse la huesa, en el momento mismo que, bajo las garras de la muerte, el hombre es átomo de polvo, en lo que tiene de común con la tierra.

¿Qué sería de la justicia de Dios y del orden moral del universo, si no fuera un dogma de la Religión Católica, la inmortalidad del alma, en cuanto a su ser y a su destino?—Si las potencias espirituales fuesen aniquiladas por la muerte, no habría estímulo para la virtud, premio ni castigo ultraterrenos; quedaría destruído el orden psicológico, moral y religioso, limitando la

omnipotencia y sabiduría de Dios y el gobierno de su providencia, únicamente, al mundo físico.

Plantemos el árbol divino de la redención, para que sus raíces den savia de vida eterna en la tumba del egregio azuayo señor doctor Malo Tamariz, cuya virtud y fe sincera, cuya modestia y rectitud dieron a su personalidad un sello inconfundible, debido a su amor a la justicia y a sus altísimos ideales.